

La crisis del siglo XVII: ¿de imprescindible a inexistente?¹

The crisis of the seventeenth century: from indispensable to nonexistent?

Àngel Casals
Universitat de Barcelona

Fecha de recepción: 11.03.2013
Fecha de aceptación: 06.05.2013

RESUMEN

La teoría sobre la existencia de una crisis general del siglo XVII movilizó el trabajo de un gran número de historiadores a mediados del siglo XX. Desde los años 1980 ha movilizó también a muchos historiadores para negarla. Las razones de esta polarización son diversas. Por un lado, el contexto político e intelectual de la Europa de mediados del siglo XX, con un enfrentamiento entre el bloque marxista y el bloque liberal. Los marxistas esperaban encontrar en las crisis del pasado la respuesta a las transformaciones del futuro, mientras que los historiadores no marxistas confrontaban el marco teórico con una realidad empírica que no apoyaba su teoría.

El artículo centra la atención en la relación de la teoría de la crisis del siglo XVII sobre el estado y las revoluciones. Se puede comprobar cómo a pesar de rebajar la importancia del absolutismo y la carga ideológica de las revoluciones, el primero ha acabado adquiriendo el papel de motor de la evolución histórica, mientras que las segundas han quedado reducidas a un papel meramente defensivo.

La conclusión del artículo es que no podemos renunciar a la construcción de modelos teóricos, ya que gracias a ellos se estimulan los trabajos de investigación y se intenta explicar el funcionamiento de la sociedad, una de las misiones de la historia.

PALABRAS CLAVE: historiografía, absolutismo, estado, revolución, crisis.

ABSTRACT

The theory of the existence of a general crisis of the seventeenth century mobilized the work of a large number of historians in the mid-twentieth century. Since the 1980s, it has also mobilized many historians to deny it. The reasons for this polarization are varied: on the one hand, the political and intellectual context of Europe in the mid-twentieth century, with a confrontation between the marxist block and the liberal block. Marxists were hoping to find in past crises the answer to changes in the

¹ Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación "Instituciones y violencia en las sociedades de la Corona de Aragón en la Época Moderna" (HAR 2010-21675).

future, while the non-Marxist historians were confronting the theoretical against empirical reality that did not support their theory.

The article focuses on the relationship of the theory of the crisis of the seventeenth century over the state and revolutions. It's possible to prove how in spite of downgrading the importance of the ideological absolutism and revolutions, the first has finished acquiring the role of the engine of historical evolution, while the latter have been reduced to a purely defensive role.

The conclusion of this article is that we cannot give up the construction of theoretical models, because thanks to them investigations are stimulated that attempt to explain the workings of society, one of the missions of history.

KEY WORDS: historiography, absolutism, state, revolution, crisis.

En 1688 Félix Doménech i Ferrer, un doncel catalán de Sant Feliu de Guíxols que se dedicaba a la agricultura escribía:

En fi, fou dit any 1688 lo assot de Espanya, en Itàlia los terremotos, en Aragó i Chatalunya la plaga de la llagosta, en la India lo mar se sorbí casi tota la ciutat de Lima, cap de Regne, de hont isqué Santa Maria Rosa, de tot nos deslliure Deu².

El texto, pese a su brevedad, llama la atención por diversas razones. Su autor es un doncel, nivel más bajo del estamento militar en Cataluña, que trabaja sus tierras. Su contenido es una acumulación de noticias negativas desde Cataluña al Perú, todas ellas relacionadas con eventos sísmicos y climáticos. Lo refería en un país que sufría una revuelta campesina contra los alojamientos –la llamada revuelta de los “barretines”– y en vísperas de una nueva guerra contra Francia –la de los Nueve Años– que habría de castigar duramente el territorio catalán. Guerra, pérdida de cosechas, revueltas, accidentes naturales... Todo un repertorio de desgracias que se produjeron en una fecha tardía en las cronologías sobre la crisis del siglo XVII. A pesar de tan contundente testimonio, al que podríamos unir muchos más de todos los rincones de Europa en casi cualquier año del siglo, Francesco Benigno sentenciaba el año 1999: “la crisis del siglo XVII es hoy un tema desgastado, irremediamente agotado y *demodé*”³. Posiblemente encontraríamos más historiadores dispuestos a firmar esta frase que otra de sentido contrario y a pesar de ello el “desgastado tema” no se resigna a borrarse del todo. Periódicamente van apareciendo, y este será uno más, trabajos que reflexionan sobre aspectos de la misma. Ciertamente no en su formulación original de mediados del siglo XX, pero sí sobre aspectos concretos, bien sea en el ámbito cronológico⁴, bien sea en el territorial o en el social⁵.

2 F. Doménech, *Ací esterà continuat diferens treballs i desdixas que àn succeït en lo present Principat de Chatalunya y en particular a nostre bisbat de Gerona, del que o noto per cosa memorable y per haver-o vist part*, <http://www.memoriapersonal.eu/browser/view/14> (Consulta: 29-12-2012), f. 240v. Existe una edición impresa de fragmentos de esta obra: P. Gifre y X. Torres, *Treballs y desdixas que àn succeït en lo present Principat de Chatalunya y en particular a nostre bisbat de Gerona (1674-1700) de Fèlix Domènch*, Gerona, CCG edicions, Associació d'Història Rural de les Comarques Gironines e Institut de Llengua i Cultura Catalanes de la Universitat de Girona, 2001.

3 F. Benigno, *Espejos de la revolución*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 47.

4 Un ejemplo reciente en el ámbito de las síntesis: M. Konnet, *Early Modern Europe: The Age of Religious War, 1559-1715*, Toronto, Higher Education University of Toronto Press Incorporated, 2008 (ed. original de 2006).

5 No pretendemos hacer un estado de la cuestión con toda la bibliografía sobre la cuestión. Existe una lista de prácticamente toda ella ordenada por orden cronológico: Ph. Benedict y M. P. Gutmann (eds.), “The

Posiblemente, tal capacidad de supervivencia se deba a que la afirmación de una crisis general en el siglo XVII tuvo más de conceptual que de empírica. Claro que lo mismo podemos decir de otros conceptos que no han sufrido los embates del revisionismo con la misma dureza, como el de “Renacimiento” o “Revolución Militar”, sin que podamos decir que la descripción de los casos estudiados en cada uno de los conceptos referidos puede aplicarse dentro de un mismo modelo sin problemas. La gran diferencia, posiblemente, es que el concepto de la crisis está vinculada con una determinada concepción de la historia y otros conceptos como el absolutismo o las revoluciones y revueltas que también han sido cuestionados en los últimos tiempos. Así pues, sin desdeñar los resultados que las investigaciones han arrojado sobre el campo cuantitativo de la economía y la demografía, es la cuestión teórica la que ha ido vaciando el contenido del término.

El propósito de este artículo no es el de añadir un nuevo estado de la cuestión a los ya existentes, muchos de los cuales reúnen méritos suficientes para no necesitar añadidos, sino plantear el tema desde tres aspectos: el origen y la intencionalidad del mismo, su impacto y relación con las cuestiones político-sociales y, por último, una reflexión sobre el conjunto. Esta elección responde a un criterio metodológico y una hipótesis de partida: el primero es que no es imprescindible bajar hasta los detalles econométricos para hallar los posibles impactos de la crisis; además, nuestra hipótesis es que la idea de la crisis es el fruto de un marco historiográfico e ideológico necesario para construir un relato que explicara el proceso que siguió la sociedad europea desde el feudalismo al mundo capitalista, y para ello hacía falta una estructura explicativa que fue previa a la investigación empírica sobre la misma.

1. Un problema de definiciones y datos

Cuando se repasa la evolución del contenido de la crisis, cuesta no tener la impresión de que bajo el epígrafe de “crisis general” se han colocado y comparado datos e interpretaciones que no compartían la misma naturaleza, lo cual hace imposible sumarlas todas por su diferencia de origen.

Si recordamos la tesis de Hobsbawm que dio pie a todas las interpretaciones posteriores, su base era: “durante el siglo XVII, la economía europea sufrió una ‘crisis general’, última fase de la transición global desde una economía feudal hacia una economía capitalista”⁶. En realidad –siguiendo a G. Parker y Leslie Smith– debemos ubicar la propuesta de Hobsbawm en un debate de miras mucho más amplias que planteaba el marxismo británico de posguerra: el de las transiciones, especialmente la del feudalismo al capitalismo que inauguró el trabajo de Maurice Dobb de 1946⁷. En esencia pretendía explicar los mecanismos que habían llevado al cambio de sistema de producción y de qué manera habían hecho saltar las estructuras feudales para dar paso al sistema capitalista. La sobreexplotación de la servidumbre por parte de la nobleza provocó los cambios en las relaciones de producción que indujo a una emigración a las ciudades de unos siervos oprimidos; la respuesta señorial para no seguir perdiendo vasallos y, por tanto, ingresos fue una monetarización de la extracción de la renta agraria que permitió el efecto secundario de una acumulación de capital en manos

General Crisis of the Seventeenth Century: A Bibliography”, en *Early Modern Europe: From crisis to stability*, Newark, University of Delaware Press, 2005, pp. 25-31.

6 E. J. Hobsbawm, “La crisis del siglo XVII”, en T. Aston (comp.), *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, p. 15 (es la traducción del original publicado en *Past and Present* en 1954).

7 M. Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1971.

agrarias. De ahí la diferenciación social entre el campesinado. Y esos capitales empezaron a buscar nuevas formas de producir y reproducirse, primero en el ámbito rural y después en el comercio. El mundo urbano y la monetarización de la economía permitieron el desarrollo de una nueva clase social –la burguesía– que acabaría topando con los límites del sistema feudal y su clase dirigente: la nobleza terrateniente. En su respuesta, Sweezy, sin negar del todo la teoría de Dobb, daba mayor importancia al papel del comercio como motor de un sistema que se iba desarrollando en paralelo al feudalismo en Europa. Así pues, en este marco interpretativo, la pregunta de Hobsbawm era más que pertinente. Él mismo realizó una síntesis sobre la evolución del feudalismo al capitalismo a grandes trazos a partir de dividir la evolución económica de Europa en seis fases desde la caída del Imperio romano hasta el triunfo definitivo del capitalismo en el último cuarto del siglo XVIII, de la que la crisis del XVII, “ajuste de posiciones o retroceso”, sería la quinta fase⁸.

El ambiente europeo de mediados del siglo XX ayudó muchísimo a la difusión de este debate. En términos generales, los intelectuales occidentales pasaron de confrontar entre ellos en torno a la viabilidad de la alternativa comunista a un acercamiento de marxistas y liberales tras la crisis húngara de 1956⁹. No debe ser casualidad que en 1957 *Past and Present* abriera sus páginas a un debate plural sobre la crisis y que en 1959 abriera su dirección a historiadores de otras ideologías¹⁰. Así pues, y sin que ello signifique restar ni un ápice al valor de las aportaciones que se hicieron en el período de los años cincuenta a los ochenta, no podemos negligir el peso del presentismo en todas ellas¹¹.

Así que cuando ante una posición teórica con un marcado acento ideológico como la de Hobsbawm se lanzan los fríos datos cuantitativistas desaparece el debate. En 1991 Jaume Dantí –la fecha no es una cuestión menor–, en un libro pequeño pero esclarecedor¹², confrontaba las diversas teorías sobre la crisis con los datos empíricos disponibles en aquel momento. Al desnudar el debate de su carga ideológica no podía haber otra conclusión posible que la de la inexistencia de una “crisis general” que afectara a Europa en todos los sectores y tuviera capacidad transformadora en el sistema socioeconómico europeo, si bien reconocía la influencia negativa que aspectos como el crecimiento del estado y la guerra habían tenido sobre la economía. Pero la relación de cifras de población o de barcos circulando por el Sund dejaban sin respuesta la pregunta de fondo formulada por Dobb: ¿cómo se hizo el proceso de cambio del feudalismo al capitalismo?

Lo que salvó el debate de quedar en las catacumbas del marxismo ortodoxo de posguerra fue que historiadores de otras corrientes de pensamiento aceptaron el envite de debatir sobre la crisis, aunque fuera sustrayendo de este su carga ideológica. O sea, se obviaba si se trataba de una crisis de sistema de producción para discutir sobre las bases empíricas de la economía del XVII, aunque se aceptaba por alguno de los autores el debate sobre la transición, aunque fuera sustituyendo el capitalismo por un término algo

8 E. J. Hobsbawm, “Del feudalismo al capitalismo”, en R. Hilton (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 223-230.

9 En el caso francés, 1956 se ha propuesto como el del fin de la guerra fría intelectual en Francia (P. Ory y J.-F. Sirinelli, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, PUV, 2007).

10 Concretamente a John Elliott, Trevor Aston y Lawrence Stone (J. H. Elliott, “La crisis general en retrospectiva: un debate interminable”, en *España, Europa y el mundo de Ultramar, 1500-1800*, Madrid, Santillana, 2010, p. 88).

11 Por ejemplo, la famosa crítica de Sweezy al libro de Dobb empezaba con la siguiente y lapidaria frase: “Vivimos en el periodo de transición del capitalismo al socialismo, con lo que adquieren interés muy especial los estudios sobre las anteriores transiciones de un sistema social a otro” (P. Sweezy, “Crítica”, en R. Hilton (ed.), *La transición del feudalismo...*, p. 43; el texto original de Sweezy era de 1950).

12 J. Dantí, *Las Claves de la crisis del siglo XVII*, Barcelona, Planeta, 1991.

más neutro como “revolución industrial”¹³.

La historiografía crítica con las posiciones de Hobsbawm ha partido de la polisemia de la palabra crisis. En el ámbito económico, se entiende como tal un momento de dificultades en ciertos sectores o en todos. También hace referencia a un descenso en las tasas del crecimiento o que estas sean negativas (recesión). Todas estas definiciones, como podemos ver, están relacionadas con principios cuantitativistas de la economía. Por tanto se puede aceptar que se produjeron crisis en zonas, sectores y cronologías concretas. Ahora bien, no afirma en absoluto la capacidad transformadora de estas depresiones. Habría que incluir en el análisis sobre las crisis económicas las tendencias de la ecohistoria, ya que suponen una nueva revisión del crecimiento económico, de entender el desarrollo y, por supuesto, del concepto de crisis¹⁴.

¿Es “la” crisis o son “las” crisis? O como planteaba Rabb¹⁵, ¿crisis de qué? ¿Ayuda a entender algo darle a la palabra un significado absoluto? Las definiciones que se le han dado han sido diversas. Llama la atención ver cómo se van mezclando diversos grados de análisis en busca de nexos que cuesta mucho de definir¹⁶.

Si intentamos cuantificar la crisis, nos encontraremos con que los elementos para hacerlo son esquivos y, en muchos casos, equívocos. Podemos ejemplificarlo con la evolución de la población. El estancamiento de la demografía empezó en la Península Ibérica en el último tercio del siglo XVI, lo que pasa es que intentar explicarlo es bastante complicado. Por un lado, las cifras globales de población son, no olvidemos que estamos en una época preestadística, simplemente orientativas cuando se va más allá de las contabilidades locales¹⁷. Si complejo es contar habitantes, más aún saber los motivos del descenso de población. En la primera etapa, el motivo sería el descenso de la producción agraria. En una segunda fase, que coincidiría con la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), fue esta y las consecuencias asociadas a la misma –hambre, peste– las que en las zonas más afectadas provocaron disminuciones de cerca del 50 %, como en Bohemia o Silesia. Y aún después, una nueva oleada crítica azotaría el marco mediterráneo en el marco temporal 1648-1668, aunque también se haría notar en Irlanda o París. Finalmente, entre 1668 y 1715 llegaría a las zonas que habían escapado más o menos bien de la crisis como Francia, Finlandia o Rusia.

13 Irónicamente, el debate sobre la industrialización también era presentista, ya que estaba muy vinculado al problema del desarrollo de las colonias del Tercer Mundo que desde los años 1960 accedían a su independencia. Como ejemplo, W. W. Rostow, *Las Etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

14 A pesar de que es un texto con bastantes años, sigue siendo recomendable J. Martínez Alier, “Temas d’història econòmica-ecològica”, *Recerques: història, economia, cultura*, 26 (1992), pp. 45-68. Por supuesto, también los trabajos de A. W. Crosby, *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*, Connecticut, Greenwood Publishing Group, 2003 (1ª ed. de 1972). Especialmente el capítulo 5, donde Crosby expone la importancia que tuvo el intercambio humano y de especies, uno de los factores que ayudan a entender la superación final de la depresión económica del XVII.

15 T. K. Rabb, *The Struggle for stability in Early Modern History*, Nueva York, Oxford University Press, 1975, p. 29.

16 “The General Crises in fact comprised two related elements: on the one hand, a major hiatus in the demographic and economic evolution of the world which increased the probability that political tensions would escalate into violence; on the other, a serie of political crises, some of which developed into revolutions while others did not” (G. Parker y L. Smith, *The general crisis of seventeenth Century*, Nueva York, Routledge, 1997, p. 6).

17 R. A. Houston, “Colonies, Enterprises, and Wealth: The Economies of Europe and the Wider World in the Seventeenth Century”, en E. Cameron (ed.), *Early Modern History. An Oxford History*, Oxford, Oxford University Press, 2001, p. 139.

Al margen de que sea difícil de asumir que semejante diversidad de zonas, cronologías y causas tenga un origen común, demasiados factores deben manejarse para una explicación cabal de la disminución de la demografía. Además del indiscutible impacto que pueda tener la guerra, debemos buscar otras causas ¿necesariamente económicas? Las diferencias de comportamiento y estructuras familiares (edades de matrimonio, tasas reproductivas...) también tienen que ver con las condiciones jurídicas y políticas (acceso a la propiedad, mercado de tierras, formas de herencia...). Las relaciones de poder que el Estado impone en la sociedad y las estructuras impositivas tienen una clara influencia. Los canales desde los que las monarquías influían vía impositiva en los diversos sectores económicos, la distribución que después se hacía de los capitales captados y la estructura social y económica que ello potenciaba podían suponer introducir limitaciones productivas y técnicas que favorecían o dificultaban la productividad. En la estructura impositiva de Castilla, las consecuencias llevaron a la disminución de la productividad agraria, pero el aumento de los precios alimenticios en las ciudades no favorecieron al campesinado sino a los intermediarios y al fisco¹⁸. Todo ello acabó influyendo en la evolución demográfica, pero la relación no es una simple causa-efecto de una disminución de la producción por los rendimientos decrecientes del rompimiento de nuevas tierras. Más allá de las oscilaciones numéricas también debemos tener en cuenta las migraciones, tanto las causadas por depresiones económicas regionales como por el impacto militar¹⁹.

En suma, la demografía europea se reparte por zonas. Mientras el marco atlántico no sólo no decreció sino que aumentó su población –y aun así deberíamos señalar Holanda e Inglaterra con índices mayores que los del resto–, en el Mediterráneo la pérdida de población fue mayor y de mayor duración temporal. Y en lo que la gran mayoría de los autores están de acuerdo es que la mortalidad no fue la causa de la crisis, sino una consecuencia. Catástrofes como las epidemias son episódicas y recuperables en un plazo moderado, algo que no sucedió con las pérdidas de las zonas mediterráneas como el sur de Castilla en la segunda mitad del XVII.

Por tanto, si la demografía por sí sola no justifica hablar de una crisis general, se puede recurrir a ligarla al marco agrario en el que vivía la inmensa mayoría de la población. El debate se ha centrado en tres argumentos: el neomalthusiano, el técnico y el del marco social. Se podría señalar el llamado “debate Brenner” como una ramificación del debate original. Así que posiblemente al exponerlo pongamos sobre la mesa los argumentos en este campo.

Robert Brenner publicó su primer trabajo en 1976 partiendo de la relectura de las ya citadas tesis de Dobb²⁰. Aunque Brenner centraba su atención en la superación de la crisis medieval del XIV para buscar los elementos transformadores que debían llevar del feudalismo al capitalismo. El punto de partida de Brenner era, justamente, la crítica al modelo neomalthusiano en un doble sentido: el del determinismo que tal modelo supone, al partir de la idea de la tendencia natural al crecimiento de la población que acabaría topando

18 B. Yun Casalilla, “Estado y estructuras sociales en Castilla. Reflexiones para el estudio de la ‘crisis del siglo XVII’ en el Valle del Duero (1550-1630)”, *Revista de Historia Económica*, 3 (1990), pp. 549-574.

19 Sobre la crisis demográfica castellana, el reclutamiento militar no ha sido tomado demasiado en cuenta hasta hace relativamente pocos años. Para el siglo XVI, Thompson propone unas levadas que alcanzaron al 9’35 % anual de nacimientos masculinos en España, cifra muy superior a la emigración americana que también debería contabilizarse (I. A. A. Thompson, “El soldado del Imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro”, *Manuscrits*, 21 (2003), p. 24).

20 R. Brenner, “Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe”, *Past and Present*, 70 (1976), pp. 30-74.

con el techo productivo del sistema feudal –rendimientos decrecientes, mercados poco elásticos, limitaciones técnicas–. En ese punto se produciría una regulación automática a causa del hambre y las epidemias que llevarían al punto de partida. En la confrontación con Le Roy Ladurie, este proporcionaría dos períodos: uno de 1100-1450, con una fase A de crecimiento y una B de disminución, y un segundo que empezaría de 1450 a 1750 en la que la fase expansiva A acabaría en 1600²¹. Tanto el autor francés como Michael Postan identifican como “fuerzas económicas objetivas”²² las derivadas de la demografía y los aspectos relacionados con ella.

Brenner buscaba la explicación en los sistemas de distribución de la sociedad que han sido modificados por la lucha de clases y que imponen unos límites estrictos y unas pautas generales al desarrollo económico. Igual que determinadas relaciones sociales y de propiedad (especialmente las de propietarios y arrendadores) favorecieron el desarrollo de una agricultura de tipo capitalista, la pervivencia de viejas estructuras o los sistemas basados en la propiedad campesina frenaban el desarrollo económico. Dicho de otro modo, donde se produce la concentración de la propiedad y se establece una relación de arrendamientos de tipo capitalista. Las teorías de Brenner están muy ligadas al estudio de la agricultura inglesa y su modelo de desarrollo, del paso de los *openfields* a los *enclosures*, como fase del cambio agrario. Por tanto, las crisis demográficas serían el fruto de las limitaciones económicas que causan las relaciones de clase, así que, cualquier mejora permanente en la productividad se hará mediante un cambio en estas.

Se han hecho diversas críticas a las teorías de Brenner, la principal es que supone un modelo determinista que, además, no se verifica ni en el este de Europa –donde el avance del comercio produjo una refeudalización²³– ni en los Países Bajos, donde se desarrolló una economía capitalista sin existencia previa de concentración de la propiedad agraria²⁴.

Peter Kriedte publicó una serie de estudios en los que planteaba la crisis en el marco de transformación del feudalismo muy poco después que los trabajos de Brenner²⁵. Para este autor germano, las necesidades del capital transformaron las relaciones productivas campo-ciudad. Los campesinos adoptaron el trabajo textil a domicilio, cosa que fue un torpedo en la línea de flotación del marco productivo manufactero feudal por excelencia: el gremio. Sus consecuencias fueron mucho más allá al sumar a los campesinos a la masa productiva y consumidora y, por tanto, ayudar a estructurar el mercado interno. Kriedte considera a este más importante que los mercados ultramarinos: favoreció la acumulación de capital y orientó la producción para satisfacer a unos consumidores cada vez más numerosos. La monetarización de la economía llevó a la competencia entre el estado y los señores feudales para captar los capitales que empezaban a transitar en este mercado cada vez más integrado. Y, claro, el ganador fue el estado. Este análisis, aunque algo mecanicista, ofrecía una interpretación que permitía entender el proceso de formación del capitalismo,

21 E. Le Roy Ladurie, “Una réplica al profesor Brenner”, en T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 125-130.

22 “Todos aquellos hechos económicos que pueden tratarse sin tener que recurrir al conocimiento de cómo funcionaban las instituciones legales o sociales y las relaciones entre las clases”, tal como las define el propio Brenner (T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *El debate Brenner...*, p. 27).

23 A. Klíma, “Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Bohemia preindustrial”, en T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *El debate Brenner...*, pp. 230-253.

24 J. Cooper, “En busca del capitalismo agrario”, en T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *El debate Brenner...*, pp. 164-229.

25 P. Kriedte, *Feudalismo tardío y capital mercantil*, Barcelona, Crítica, 1982 (el original alemán es de 1980).

añadiendo a la explicación cuestiones aparentemente menores hasta entonces como el cambio en las relaciones sociales y los comportamientos económicos del campesinado.

¿Podemos obviar las relaciones sociales en el desarrollo económico? La pregunta de fondo que plantean tanto Hobsbawm como Brenner o Kriedte –a niveles diferentes– si es difícil de resolver en el ámbito agrario, también lo es en el de la manufactura y el comercio. Alberto Guenzi, por ejemplo, explica la evolución del siglo no tanto en clave de crisis sino, justamente, de reordenación, tanto social como territorial. La resistencia de los gremios ante las nuevas formas de producción manufacturera o la innovación de productos de los países atlánticos frente al inmovilismo mediterráneo cambiaron el equilibrio económico del continente²⁶. Como explicaba Ernest Belenguer, las respuestas varían entre los que aceptan crisis económicas en zonas y cronologías puntuales y los que insisten más en la reordenación de la producción²⁷.

Tal vez la última y más contundente de las teorías sobre la crisis ha sido la climatológica. Sin negar que tal vez sí se produjo un empeoramiento del clima por efecto de una “mini glaciación”, la mayor parte de los historiadores económicos no han querido atribuirle más allá de una importacia episódica²⁸. Pero Geoffrey Parker ha insistido en la idea con un añadido inteligente e interesante: el rechazo del determinismo climático.

En síntesis, la estructura de Parker se basa en cuatro factores:

1. Un enfriamiento global de nivel planetario que tensionó muchas de las zonas superpobladas del planeta.
2. El derrumbe del régimen demográfico ante tal tensión.
3. La aparición de nuevas ideologías radicales que provocaron violencias en algunas sociedades.
4. Los gobiernos hicieron caso omiso de las dificultades y contribuyeron incrementando la presión social, religiosa y fiscal.

O sea, la crisis climática sería el desencadenante de una crisis cuya gravedad es responsabilidad de la política de los estados al no reaccionar adecuadamente ante la nueva realidad²⁹. El esfuerzo comparativo realizado para fundamentar dicha propuesta es impresionante, pero aun así parece que continúan habiendo fuertes resistencias –ni que sea por la vía del silencio– a aceptar esta propuesta.

2. Crisis y política

Uno de los temas más estudiados es el de la relación entre la crisis y las nuevas monarquías modernas. La explicación generalizada sobre el crecimiento del estado abona este planteamiento. En síntesis, el crecimiento del estado desde finales del siglo XV se

26 A. Guenzi, “La expansión europea en el siglo XVII”, en A. Di Vittorio (ed.), *Historia económica de Europa: siglos XV-XX*, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 81-130.

27 E. Belenguer, “La crisis económica de Europa en el siglo XVII. Algunas precisiones en torno a su disparidad bibliográfica”, *Mayurqa*, 19 (1979-1980), pp. 156-158.

28 J. Dantí, *Las Claves...*, p. 47.

29 G. Parker y L. Smith, *The general crisis...*; G. Parker, “La crisis de la Monarquía de Felipe IV en España y sus dominios. ¿Problema particular o problema global?”, *Revista Hispanoamericana. Revista Digital de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras*, 1 (2011), <http://revista.raha.es/> (Consulta: 29-12-2012). Un estudio más amplio sobre la influencia del clima en la historia: B. M. Fagan, *The Little Ice Age: How Climate Made History, 1300-1850*, Nueva York, Basic Books, 2000.

beneficia de la expansión económica que se prolongará durante toda la centuria posterior. Gracias a ello las monarquías pudieron obtener los recursos económicos suficientes para aumentar y centralizar su poder. Uno de los resultados derivados fue el crecimiento de los ejércitos y el aumento del impacto de la guerra sobre la población civil.

¿Qué pasará en el siglo XVII? El debate de fondo es si el crecimiento del estado es causa o víctima de la crisis. Incluso si la política de los estados ayudó a salir de la crisis³⁰. Es curioso darse cuenta de que el tema se planteó de forma indirecta. No hemos mencionado hasta ahora la obra de Merriman³¹. En 1938 –otra vez el año es muy revelador– este historiador publicó una obra llamada a tener una gran trascendencia que estudiaba las revoluciones de Portugal, Cataluña, Nápoles, Inglaterra, Francia y Holanda, todas ellas de mediados del siglo XVII, buscando los posibles elementos de relación entre ellas. Aunque no encontró relaciones evidentes más allá de los casos catalán y portugués, había abierto una vía de análisis al plantear una situación general de revueltas en Europa, al que era fácil añadir otros casos a los ya indicados. Y fue precisamente Mousnier quien, en la obra ya citada, recogía la idea de Merriman en torno a la necesidad de una explicación general. Ya dentro del debate iniciado por Hobsbawm, Trevor-Roper sería el primero en 1959 en ofrecer una teoría basada, justamente, en el crecimiento del estado, lo que él identificaba con la “corte” (*court*) en contraposición al “país” (*country*). La corte hacía referencia a todo el aparato burocrático-estatal creado para la administración de la compleja maquinaria fiscal y militar de las monarquías modernas y no sólo –que también– al entorno cortesano del rey y el patronazgo en ese ámbito. Tal crecimiento, decía, se había hecho a expensas de la mayor parte de la población, que no recibía los beneficios de la enorme detracción económica³². Las críticas a tal propuesta han sido numerosas. Mousnier y otros autores continentales reprocharon el “anglocentrismo” de este modelo³³, mientras que Rosario Villari la calificó de “generalización excesiva y simplista”³⁴ que tenía como objetivo básico, en realidad, destacar la contingencia de la opción revolucionaria, ya que esta era perfectamente evitable con una mayor habilidad de los gobernantes. A pesar de las críticas, las ideas de Trevor-Roper han dejado marca reconocible en autores posteriores.

Niels Steensgaard negó la existencia de una crisis general. Bien al contrario, delimitó zonas y sectores, pero mostrando una profunda desconfianza hacia los indicadores económicos disponibles. La causa de este fenómeno era, esencialmente, el incremento de los presupuestos estatales en el siglo XVII. Su incremento irrefrenable, el aumento de los gastos, obligó a un paralelo incremento fiscal superior al de las capacidades productivas de la sociedad. A partir de ahí se ponen en marcha los mecanismos de las crisis: autorregulación de la población, disminución de la demanda... Pero como el estado también es un consumidor, la crisis se reparte de modo desigual entre sectores y zonas,

30 Roland Mousnier proponía que la política mercantilista aplicada por las monarquías absolutas había servido para la superación de la crisis. Los postulados del historiador francés han quedado prácticamente arrinconados por las investigaciones posteriores (R. Mousnier, *Los Siglos XVI y XVII: el progreso de la civilización europea y la decadencia de Oriente: 1492-1715*, Barcelona, Destino, 1959, 3ª ed. de 1981).

31 R. B. Merriman, *Six contemporaneous revolutions*, Oxford, Clarendon Press, 1938.

32 “Fue una crisis, no de constitución ni del sistema de producción, sino del Estado o, más bien, de la relación del Estado con la sociedad” (H. R. Trevor-Roper, “La crisis general del siglo XVII”, en T. Aston (comp.), *Crisis en Europa...*, p. 108).

33 H. G. Koenisberger, “The Crisis of the Seventeenth Century: A farewell?”, en *Politicians and Virtuosi*, Londres, The Hambledon Press, 1986, pp. 154-155.

34 R. Villari, *Rebeldes y reformadores del siglo XVI al XVIII*, Barcelona, Ed. Del Serbal, 1981, p. 17.

siendo el agrario el mayor perjudicado³⁵.

Curiosamente, una de las voces más críticas contra el papel del estado absoluto en los cambios cualitativos del sistema productivo provino del campo marxista. A. D. Lublinskaya en una serie de trabajos publicados durante los años 1960 puso en cuestión buena parte de las bases del debate. No solamente negó la existencia de la “crisis general” –los síntomas serían crisis regionales relacionadas con las circunstancias político-militares–³⁶, sino que arremetió contra Mousnier y Hartung al negar al estado absolutista la capacidad de influir sobre el desarrollo de la burguesía y al criticar el carácter supraclásista con que se lo caracterizaba, ignorando así los conflictos sociales que creaba³⁷. Conflictos sociales... aunque luego volveremos sobre ello, debemos hacer notar cómo parte de las críticas al concepto de absolutismo se relacionan con la afirmación de la vía consensualista en la toma de decisiones de los reyes en lugar del intento de imposición política favorecida por el creciente monopolio de la fuerza³⁸. En los últimos años se han relativizado mucho las supuestas innovaciones burocráticas que las nuevas monarquías introdujeron en sus estructuras de gobierno, así como la disolución de los organismos representativos medievales³⁹. En esa búsqueda de los elementos de disuasión y convicción desarrollados por las monarquías se puede hallar el interés despertado en los últimos años por el arte y la corte como construcciones destinadas a tal fin⁴⁰.

Esta vía difícilmente puede ser fructífera si lo que pretendemos es discernir el peso de la fiscalidad sobre el conjunto de la sociedad. A pesar de poner en cuestión la capacidad de las monarquías para poder ejecutar lo que teóricamente se proponían y, señaladamente, el control territorial, no parece haber nadie dispuesto a negar el aumento de los ingresos del estado, incluso en aquellos países que, como Inglaterra, habían abortado el desarrollo absolutista. La cuestión, pues, se reduce a reconocer su impacto tanto sobre los contribuyentes como sobre los receptores. En otras palabras, la distribución de las rentas y su efecto económico.

Mención aparte merece el impacto de la guerra. Ha sido usada como argumento en más de una ocasión y, en concreto, la Guerra de los Treinta Años ha sido señalada como el sospechoso más habitual al buscar en lo bélico las raíces de la crisis. Curiosamente, Hobsbawm menospreció el efecto material de las guerras, así que las sustruyó del centro

35 N. Steensgard, “The Seventeenth Century Crisis”, en G. Parker y L. Smith, *The general crisis...*, pp. 32-56.

36 A. D. Lublinskaya, “La teoría de la crisis económica general en la Europa del siglo XVII”, en *La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 13-107 (ed. original de 1965).

37 A. D. Lublinskaya, “Concepción burguesa contemporánea de la monarquía absoluta”, en *La crisis del siglo XVII y la sociedad...*, pp. 147-179.

38 N. Henshall, *The Myth of Absolutism*, Londres, Logman, 1992. El ejemplo tal vez más radical en la negación del absolutismo.

39 Una muestra más reciente del “revisiónismo” sobre el estado moderno y el absolutismo lo podemos encontrar en el volumen J. Albareda Salvadó y M. Janué i Miret (eds.), *El nacimiento y la construcción del Estado Moderno. Homenaje a Jaume Vicens Vives*, Valencia, PUV, 2011. A partir de dos textos clásicos de Vicens, su famosa aportación sobre la monarquía absoluta publicada en 1960 y de dos textos inéditos del mismo autor sobre la monarquía del siglo XVI y el absolutismo, se reflexiona sobre los límites de este último. Joël Cornette (“Monarquía absoluta y absolutismo en Francia. El reinado de Luís XIV revisitado”, pp. 91-110) hace notar que las bases de la monarquía del Rey Sol estaban tan lejos de ser innovadoras que niega la existencia del absolutismo.

40 Un par de ejemplos recientes de trabajos en este sentido: J. Ll. Palos y D. Carrió, *La Historia Imaginada: Construcciones Visuales Del Pasado en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2008; J. Duindam, “Versailles, Vienna and Beyond. Changing views of Household and Government in Early Modern Europe”, en *Royal Courts in Dynastic States and Empires: A Global Perspective*, Leiden, Brill, 2011, pp. 401-433.

de la discusión⁴¹, pero los estudios sobre la “revolución militar” y la nueva dimensión de la historia militar han hecho profundizar nuestro conocimiento sobre esta materia de manera espectacular. Josef Polišenský o Mark Konnet se han centrado en la importancia del gran conflicto bélico del siglo para intentar explicar la crisis, tanto la general el primero⁴² como la social el segundo⁴³.

Una visión algo más simplista de la relación entre crisis, estado y ejército es la que propone Jan Glete. Para el historiador sueco, la crisis se produciría entre 1560 y 1660 ligada al desarrollo de lo que él denomina el estado fiscal-militar. Aparecido con las monarquías dinásticas, este nuevo modelo de organización basado en el crecimiento del poder central y la centralización de su actividad en el desarrollo de una fiscalidad con fines militares es el protagonista del desarrollo económico europeo, ya que supuso la cooperación entre las élites y la optimización de los recursos gracias a la existencia de una dirección y objetivos claros⁴⁴. Esta visión, inspirada en los estudios del propio Glete sobre las flotas de guerra europeas, resulta demasiado simplista y más cuando supone que la crisis lo sería a causa de la lentitud en el desarrollo del sistema organizativo, y que superada esta por la adecuación de la maquinaria estatal y social a las necesidades del proyecto fiscal-militar, después de 1660 proporcionaría una ventaja decisiva –y aquí podemos interpretarla como una variante de la idea de la revolución militar– a los europeos frente al resto del mundo.

Pero no todos los autores están de acuerdo en atribuirle al hecho militar un papel decisivo. Si bien es cierto que las necesidades bélicas suponen un potente aspirador de las rentas de una sociedad, no es menos cierto que una parte de ese gasto revierte nuevamente en forma de demanda entre los productores de productos, de manufacturas y de la gran industria. Es por ello que a la hora de hablar del impacto real sobre la economía, se debería matizar por zonas, sectores y grupos sociales, ya que si bien es cierto que el campo es claramente perjudicado por la estructura fiscal y los gastos militares, no es menos cierto que para la manufactura y la industria pueden ser un estímulo. Claro que los efectos sobre la población civil pueden ser muy duros en caso de ser escenario de lucha abierta –como sería el centro de Europa– pero su virulencia sería compensada por su limitación geográfica y temporal y por ello no habría efectos a largo plazo y la recuperación podría hacerse relativamente rápida⁴⁵. Pero habría que añadir un matiz creo que importante a la exposición de Tallet: la cuenta global. O, dicho de otro modo, si el conjunto de la sociedad que sostiene al estado que organiza el ejército pierde o gana económicamente con tal relación y, también, si este tipo de gastos impulsa la economía productiva de los países.

En cualquier caso, es indiscutible que los ejércitos y la guerra son expresiones de los nuevos estados y por tanto siguen siendo estos los responsables de las manifestaciones de la crisis.

41 E. J. Hobsbawm, “La crisis...”, pp. 24-25.

42 J. Polišenský, *War and Society in Europe: 1618-1648*, Nueva York, Cambridge University Press, 1978, especialmente pp. 1-4. En la misma dirección de dar a los efectos bélicos más trascendencia que su carácter coyuntural: “At the best, the Thirty Years War started a general decline that had not previously existed; at worst, it replaced prosperity with disaster” (Th. K. Rabb, “The Effects of the Thirty Years’ War on the German Economy”, *The Journal of Modern History*, 34-1 (1962), p 51).

43 Para Konnet, resulta evidente que las revueltas en Europa se concentran en la última y más destructiva fase de la Guerra de los Treinta Años (M. Konnet, *Early Modern Europe...*). Continúa resultando un buen recurso por su recopilación bibliográfica G. Parker, *La Guerra de los Treinta Años*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 376-403.

44 J. Glete, *War and the State in Early Modern Europe: Spain, the Dutch Republic and Sweden as fiscal-military states 1500-1660*, Nueva York, Routledge, 2001.

45 F. Tallet, *War and Society in Early Modern Europe: 1495-1715*, Londres, Routledge, 1992, pp. 216-232.

3. Revueltas y revoluciones: penúltimo eslabón

Los desórdenes sociales del XVII no eran un fantasma recorriendo Europa. Eran una realidad bien presente y diseminada por todo el continente. Y desde Merriman muchos otros historiadores han buscado el nexo entre crisis y revuelta. Pero es bien cierto que el entusiasmo por la investigación en este campo se ha ido enfriando hasta acabar convertido en un tema muy secundario más allá de historiografías nacionales que las encuentran en el pasado de sus países. No sólo eso, sino que resulta un poco cómico ver cómo de movimientos sociales de transformación se han acabado convirtiendo en forma de reacción ante el cambio.

Hagamos una breve evolución del tema. Después de Merriman, Hobsbawm también llamó la atención sobre el período 1640-1660 como un momento con una anormal concentración de revoluciones que deberían interpretarse como una parte de la crisis. Tal reflexión se hizo en el marco de un encuentro que la revista *Past and Present* hizo en 1957 bajo el título “Seventeenth Century Revolutions”. Como ha señalado Benigno, lo más novedoso es que se producía en un momento en el que la única revolución moderna en el continente se suponía que era la de 1789 en Francia.

Poco antes, 1948, el historiador soviético Porshnev había sacado a la luz sus investigaciones sobre las revueltas francesas del reinado de Luis XIII que no se traducirían al alemán hasta 1954 y al inglés, el prólogo del libro en 1955. Su investigación suponía una descarnada descripción del modelo de lucha de clases en el marco feudal del absolutismo. En 1958, Mousnier reaccionaba considerando que el análisis marxista sobre las revueltas era muy simplista, ya que ignoraba aspectos como las fidelidades verticales y la propia estructura de la burocracia francesa, que hizo que las revueltas se dirigieran contra el estado absoluto y no contra sus señores feudales, cosa que ponía en entredicho el carácter antifeudal de estos movimientos. Poco después, sería Trevor-Roper el que en su trabajo ya comentado ofrecía su explicación sobre los orígenes de las crisis sociales en Europa⁴⁶.

Así pues, a pesar de las posiciones contrapuestas, se podía identificar un marco interpretativo sobre las turbulencias sociales del XVII con una fuerte influencia del marxismo. El siglo sería un período de transformaciones económicas que transformaría también la estructura social. Este nivel económico-social sería en un tiempo lento –siguiendo la idea braudeliana– que llevaría a la transformación hacia el capitalismo y dentro del cual se darían tensiones que estallarían acelerando la evolución del cambio ideológico y político y, por otro lado, acelerando la transformación de las estructuras políticas por parte de las fuerzas feudales para intentar perpetuarse en la situación de amenaza en que se encontraban: el absolutismo. Autores como Porshnev, Hill o Perry Anderson ayudaron a construir este paradigma que empezaría a resquebrajarse a partir de los años setenta. Y ya digo que no es que no hubiera críticas anteriores, lo que pasa es que la mayoría usaba más la contradicción ideológica y el prejuicio más que intentar construir un modelo alternativo. De todos modos, habría que señalar la incómoda, por inteligente, objeción de John Elliott que afirmó que un proceso semejante y con un contenido revolucionario semejante, si no mayor, se dio también un siglo antes en la década de 1560, sin que se haya interpretado de forma semejante.

La obra de Perez Zagorin puede usarse como bisagra del cambio de lecturas. Su monumental trabajo ya implícitamente rompía cualquier idea de “crisis general” en tanto en cuanto su cronología incluía también el Quinientos. Además, esquivaba el debate de conceptos al denunciar –con toda razón y como también había hecho Lublinskaya– que

46 He seguido aquí la excelente síntesis de F. Benigno, *Espejos...*, pp. 55-56.

se le atribuía a la palabra un significado demasiado amplio fruto de la identificación con la lucha de clases y de la mitificación de su carácter progresista y transformador.

A pesar de su rigor en la crítica conceptual, el autor considera que no puede identificarse una revolución de lo que no lo es y propone una definición que permite integrar cualquier intento de toma del poder sea de la naturaleza que sea. La amplia tipología que él propone (de conspiraciones nobiliarias a revueltas campesinas) se enmarca en un contexto de crisis económicas episódicas de una sociedad de órdenes (no de clases) en la que se dan confrontaciones político-religiosas en un estado de tipo absolutista⁴⁷.

Cuanto más se ha cuestionado la existencia de la crisis y se ha matizado el verdadero éxito del absolutismo, más se ha desdibujado también el supuesto carácter revolucionario y general de lo sucedido en el siglo XVII. Ciertamente, se han producido innovaciones en el campo metodológico que hacen impensable volver a los planteamientos generalistas de los años cincuenta del siglo pasado. La interdisciplinariedad, los avances en el estudio de las mentalidades, la mayor atención prestada a la prosopografía son haberes de los cuales el estudio de los conflictos sociales ya no puede desprenderse. La crisis que supuso la posmodernidad a finales del siglo pasado, al imponer la conciencia de la narratividad histórica, y la nueva historia política han contribuido también decisivamente a este cambio de naturaleza. El resultado ha sido la aparición de escuelas revisionistas de las dos grandes revoluciones modernas, la inglesa y la francesa⁴⁸. En síntesis su propósito ha sido restar trascendencia a su impacto, a su componente ideológico y a su proyecto político para hacer mayor hincapié en las cuestiones coyunturales y los efectos de la acción-reacción propios del análisis de la historia política de corto plazo.

La “desideologización” de la revolución no ha llevado a su desaparición como sujeto de estudio. Geoffrey Parker, en la construcción de su esquema sobre la crisis mundial, ha incluido una estructura explicativa de los procesos del XVII. Es la década de 1640 la del punto más alto de la pequeña edad de hielo del siglo, por tanto no ha de sorprender que se concentren en este momento las convulsas olas revolucionarias. Parker, para probar su teoría, compara cuatro de los movimientos que se dan en la Monarquía Hispánica: Portugal y Cataluña en 1640 y Sicilia y Nápoles en 1647. La estructura en diez puntos, el primero de los cuales es el efecto de las consecuencias negativas del clima. A partir de aquí, la presión fiscal del gobierno de Madrid golpea sobre ciudades superpobladas que sufren el doble efecto de la crisis económica que produce el clima y las peticiones de la monarquía. De ahí nacen las revueltas populares –no necesariamente numerosas– que contaron con el apoyo e, incluso, el liderazgo de la Iglesia. Las reivindicaciones pasan de la exigencia del respeto por el sistema constitucional de los reinos –excepto en el caso portugués– a la ruptura más o menos evidente. Las diversas revueltas se alimentan mutuamente a través del intercambio de noticias y de personas que viajan de un lado a otro. Así pues, Parker propone una explicación de tipo reactivo contra el estado y de corto plazo en su origen y desarrollo, teniendo en cuenta que todos los alzamientos, excepto el portugués, son aplastados por el gobierno de Felipe IV⁴⁹. En relación al caso catalán, Parker comete varios errores cuando lo incluye en este esquema. Barcelona no era una ciudad superpoblada en 1640, tampoco la Iglesia como institución se puso al frente de la revolución y, lo que es más importante, Parker parece ignorar la existencia de unos cimientos ideológicos que se

47 P. Zagorin, *Revueltas y revoluciones en la Edad Moderna. I. Movimientos campesinos y urbanos*, Madrid, Cátedra, 1985.

48 Dos valiosas síntesis son: F. Benigno, “Revisionismos en confrontación”, en *Espejos...*, pp. 17-46, y X. Gil, “Més sobre les revoltes i revolucions del segle XVII”, *Pedralbes*, 23 (2003), pp. 9-34.

49 G. Parker, “La crisis...”, pp. 5-10.

habían construido durante muchos años antes y que sirvieron para impulsar el alzamiento y, más importante, para mantenerlo durante más de una década y aún más allá, una vez terminada, en la dialéctica Madrid-Barcelona de la segunda mitad del siglo.

Jack A. Goldstone también fijó en la superpoblación la causa de las revoluciones modernas, aunque sin mencionar para nada al clima. Estudió en 1991 las revoluciones anteriores a 1850 y llegó a la conclusión de que su origen era la presión demográfica sobre un marco económico sin capacidad para encajarla. La presión fiscal, la lucha por la tierra y por posiciones de poder son las secuelas que alumbrarán finalmente propuestas ideológicas de reforma o cambio radical⁵⁰. La progresiva desnaturalización –si es que puede llamarse así– del carácter ideológico de las revoluciones ha llevado finalmente a estudiarlas como mecanismos de cambio político independientemente del marco cronológico, geográfico o ideológico⁵¹. Que tales generalizaciones que prescinden de cualquier análisis del contenido de las revoluciones conduzcan a avances en este campo es algo que sólo puede alimentar la duda.

4. A modo de conclusión

¿Existió una crisis general en el siglo XVII? Parece evidente que no puede responderse afirmativamente con los datos actuales. O, por mejor decir, no puede afirmarse que se produjera una crisis que supusiera un cambio cualitativo en la estructura económica y política del conjunto del continente. A pesar de lo cual, debemos considerar los datos que nos proporciona la historia del clima, aunque con cierta prudencia porque excepto en los casos más extremos, tampoco es fácil hacer un vínculo directo entre cambio climático-crisis agraria-crisis sociopolítica⁵². ¿Habría avanzado tanto el conocimiento sobre el XVII sin el impulso de las teorías de Hobsbawm? El relativismo, el pensamiento débil actual llevan al historiador a la renuncia de la construcción de modelos teóricos. Cuando la prudencia y el rigor exigible ante los hechos del pasado se convierten en una prohibición de construir intelectualmente una visión de la historia, se está traicionando una de las funciones sociales de la ciencia histórica⁵³.

Después de todas las aportaciones sobre la crisis, tras las diversas demoliciones que se han ido produciendo, sobre los cascotes y una vez baja el polvo que ha saltado, parece que sólo la silueta del estado –con sus brazos fiscal y militar– permanece indemne. Todo lo que sucedió está en relación con él: la canalización de los recursos, los cambios sociales, la crisis económica e incluso su recuperación. El paradigma estatista ha convertido al

50 J. A. Goldstone, *Revolution and rebellion in early modern world*, Los Ángeles, University of California Press, 1991.

51 El propio Goldstone publicó un trabajo comparativo incluyendo referencias a la revolución de Flandes, la norteamericana, la francesa, la Meiji, las llamadas “revoluciones de colores” de finales del siglo XX y otros movimientos como los de Filipinas que pusieron fin a la dictadura de Ferdinand Marcos (J. A. Goldstone, “Rethinking Revolutions: Integrating Origins, Processes, and Outcomes”, *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 29-1 (2009), pp. 18-32).

52 En el caso catalán, por ejemplo, con los datos disponibles, la década 1630-1640 no señala ningún cambio notable ni ningún empeoramiento que pudiera tener consecuencias catastróficas (M. Barriendos Vallvé, “El clima histórico de Catalunya (siglos XIV-XIX). Fuentes, métodos y primeros resultados”, *Revista de Geografía*, XXX-XXXI (1996-1997), pp. 69-96).

53 Entre los diez pecados capitales del mal historiador, se incluyen el positivismo y las declaraciones de objetividad y neutralidad, dos defectos que sólo conducen a la esterilidad en los resultados de la investigación (C. A. Aguirre Rojas, *Antimanual del mal historiador*, Barcelona, Montesinos, 2007, pp. 30-43).

protagonista en el único sujeto activo, hasta el punto de que incluso las revoluciones, que la historiografía marxista convertía en muestras de la lucha de clases, han pasado a ser una forma de lucha de grupos antagónicos en el marco del estado, tal y como proponía Tilly⁵⁴.

Las revoluciones pues, han sido incluso definidas como movimientos reactivos – cuando no reaccionarios– ante las reformas del estado. Esta idea genera una contradicción. Aceptado que el poder estatal se afianza en la Europa moderna tanto en el monopolio de la violencia como en el consenso y, por tanto, que buscó la complicidad de las élites territoriales y que el desplazamiento de las antiguas instituciones fue menos traumático de lo que se ha dado a suponer, podemos concluir que la sociedad tenía el vigor suficiente para enfrentarse al poder político y que disponía de instrumentos para hacerlo –otra cosa es quién pudiera ganar finalmente–. Resulta, pues, muy deficiente suponer que la única relación entre poder político y sociedad sea la de acción y reacción. Sigue siendo difícil, ya lo hemos visto, establecer las causas de los movimientos revolucionarios y también la mecánica de su funcionamiento si es que tal cosa puede encontrarse. Pero es evidente que había un contenido ideológico basado en la existencia de una comunidad política con un determinado funcionamiento y, cuando los poderes centrales intentan alterarlo, la variación no es juzgada por los contemporáneos en términos de progreso o retroceso, sino de beneficio o perjuicio ante el cual oponen su utillaje político e ideológico. ¿Reaccionario en todos los casos? No podemos obviar la aparición de nuevas alternativas de fidelidad que llegan allá donde la dinastía ya no puede y que se basan en la creación de identidades más o menos concretadas y explicitadas. Este conjunto permite, finalmente, construir discursos alternativos al del poder estatal⁵⁵.

¿Hemos de dar por finalizado el debate de la crisis del siglo XVII? Resulta descorazonador pensar que tanto esfuerzo pueda conducir a un callejón sin salida. En realidad, creo que debajo de debates como el planteado hay otro más de fondo, el de la existencia o no de razones o mecanismos que expliquen el funcionamiento de la historia y los mecanismos de cambio y permanencia. John Elliott, un superviviente del grupo de historiadores originales que participó en el debate, a pesar de su mirada crítica hacia Hobsbawm y sus principios ideológicos, pedía que una nueva generación de historiadores pintara con “enérgicos trazos” una explicación fuerte del pasado⁵⁶. No, no creo que podamos organizar todavía el funeral.

54 Ch. Tilly, *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 1995.

55 Entrar en este tema nos llevaría a adentrarnos en el debate sobre el origen de las naciones y su validez en la época moderna. Pero al menos en la primera parte, la existencia de una conciencia política que es algo más que una simple reacción, hay también una extensa bibliografía. Muy fecunda es la línea de Simon i Tarrés (A. Simon i Tarrés, *Els orígens ideològics de la Revolució Catalana de 1640*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999).

56 J. H. Elliott, “La crisis general en retrospectiva...”, p. 112.